



Guadalajara: un puente en el tiempo

Blanca Calvo

Bibliotecaria. Ex-alcaldesa de Guadalajara

Guadalajara es mi ciudad adoptiva. He vivido en ella muchos años, y seguramente en ella me jubilaré de la profesión y de la vida, pero no es mi lugar de nacimiento. Eso es una ventaja a la hora de escribir sobre ella, porque puedo verla desde dos perspectivas: la del extraño (llegué aquí con años suficientes como para haber conocido otras ciudades, y no me dejo apasionar tan fácilmente) y la del amigo, pues ya ha pasado tiempo desde nuestro primer encuentro. Desde esta doble visión puedo hacer una afirmación que no querría que se tomara como un halago: Guadalajara es un buen lugar para vivir; uno de los mejores que yo conozco, al menos.

Colocada en el punto extremo del Corredor del Henares, en los años sesenta y setenta parecía llamada a crecer tan desmesuradamente como otras poblaciones cercanas a Madrid. Afortunadamente, el despegue inicial que duplicó en poco tiempo su población fue amainando, y en estos momentos somos una sesenta y cinco mil las personas que vivimos en la ciudad.

Sesenta y cinco mil personas son muchas o pocas, según se mire. Para una capital de provincia quizá sean más bien pocas. Las poblaciones de menos de cien mil habitantes no pueden ofrecer algunos servicios educativos, culturales y de ocio que sí se pueden encontrar en otras mayores. Pero da la casualidad afortunada de que Guadalajara está a media hora de Madrid, y eso compensa muchas de sus carencias. Para los que vivimos en la capital alcarreña resulta muy fácil ir todos los días a cualquier departamento universitario del distrito madrileño, asistir con frecuencia al teatro, ver las películas más recientes, incluso las que exhiben en versión original, visitar los museos más importantes del país o acudir a los conciertos más apetecibles, y todo eso podemos hacerlo sin tener que pagar por ello el alto precio que supone la vida en una gran ciudad.

El aire que se respira en Guadalajara es bastante puro, y los atascos de tráfico menos agresivos que los madrileños, aunque haberlos, haylos. Eso se debe a que el urbanismo que se ha hecho en los últimos años no se ha cuidado suficientemente. El Plan General de Ordenación Urbana que se aprobó en 1983 no estaba mal: preveía la apertura de varias vías de comunicación necesarias que no se han llegado a hacer, en parte porque el ejército sigue teniendo terrenos en el centro de la ciudad —cosa que ya ocurre en muy pocas— y en parte porque el Ayuntamiento no ha velado por el cumplimiento de la disciplina urbanística con el suficiente vigor. En 1994 comienzan los trabajos de redacción de un nuevo Plan General; de él depende en gran parte que la calidad de vida en el año 2000 sea tan alta o más que hasta la fecha. Le hace falta a Guadalajara una inyección de estética urbanística, y yo espero que se consiga a través del nuevo Plan.

Decía al principio que, aunque quiero mucho a esta ciudad, no me dejo cegar por la pasión. Eso me permite decir con facilidad que no la veo tan bonita como otras capitales de la periferia madrileña. Guadalajara no tiene tantos monumentos como Toledo, Avila o Segovia, es evidente; pero eso no quiere decir que no tenga encanto. Cuenta con bonitas iglesias, un hermoso palacio, plazas tranquilas y agradables y parques amplios y acogedores. Las calles más importantes son un hormiguero cordial los domingos de cualquier estación del año, pues la gente no se acobarda con las temperaturas extremas y sigue invadiendo los paseos, ahora como hace cuarenta o cincuenta años.

Guadalajara es un puente en el tiempo. Se siguen haciendo las cosas de siempre a la vez que se introducen las nuevas costumbres. Los jóvenes viajan a la nieve los fines de semana mientras sus padres van al pueblo donde tienen las raíces. Es sólo un ejemplo de los muchos contrastes que enriquecen la vida de esta ciudad a finales del siglo veinte.

Recuerdo el enfado generalizado que se produjo hace unos años cuando el suplemento del diario «El País» publicó una lista de las ciudades españolas ordenadas según su nivel de calidad de vida. Guadalajara ocupaba el último o el anteúltimo lugar, y eso molestó mucho a todo el mundo, sobre todo porque no era cierto. «El País», para hacer su lista, había tenido en cuenta una serie de factores incompleta. Se estimaba, por ejemplo, el equipamiento cultural, deportivo o comercial, pero no se consideraba la calidad del aire que se respira, del agua que se bebe, la posibilidad de encontrarse por la calle con los amigos, la facilidad para trasladarse en muy poco tiempo a lugares casi paradisiacos, la agradable sensación de «tener pueblo», de pertenecer a un sitio concreto que se puede visitar con frecuencia. De haber valorado todas esas cosas, Guadalajara habría quedado en uno de los primeros lugares de la clasificación.

Yo, personalmente, hay una sola cosa que echo en falta viviendo en esta ciudad, y es el mar. Menos mal que podemos consolarnos con una cosa que empieza por las mismas letras y que se celebra desde hace dos años en Guadalajara: el mar...atón de los cuentos, que consiste en permanecer más de un día y una noche contando cuentos sin interrupción. Resulta tan placentero como una zambullida en el Mediterráneo, y dura más. Además le ha valido a Guadalajara su aparición en el Libro Guinness de los Records, en el apartado de literatura. Aprovecho este artículo para invitar a todos los lectores de *Añil* a que participen en el próximo, que se celebrará en el mes de junio y tendrá una duración de veintiséis horas. ¡Hasta entonces! ■